

El cuidado que Cristo prodiga a sus discípulos



Charles H. Spurgeon

El Pulpito del Tabernáculo Metropolitano

El cuidado que Cristo prodiga a sus discípulos

Nº 2616

Sermón predicado la noche de un domingo a principios de 1857 por Charles Haddon Spurgeon. En la Capilla New Park Street, Southwark, Londres, (y leído también el Domingo 2 de Abril de 1899).

“Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos”. — Juan 18: 8.

Bástenos repasar las circunstancias en las que fueron pronunciadas estas palabras. Nuestro Salvador se encontraba en el Huerto de Getsemaní con Sus discípulos. Una multitud acompañada de los alguaciles enviados por el sumo sacerdote, fue allí para prenderle. Él se adelantó con valentía y les dijo: “¿A quién buscáis?” Le respondieron: “A Jesús nazareno”. Ante Su respuesta, diciendo: “Yo soy”, “retrocedieron y cayeron a tierra”. Luego Jesús les dijo: “Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos”.

Ahora, antes que nada y de manera muy sencilla, voy a procurar extraer unas cuantas lecciones de este suceso; y luego, en segundo lugar, voy a resaltar una gran verdad que yo creo que está prefigurada en estas palabras de nuestro Redentor.

I. Primero, CONSIDEREMOS LAS LECCIONES DEL SUCESO MISMO. Nuestro Salvador les dijo a esas personas: “Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos”.

Nuestro Maestro demostró en este acontecimiento Su propia anuencia a morir. Estas palabras Suyas eran una orden tan poderosa que ninguno de Sus discípulos fue apresado y mucho menos entregado a la muerte. Allí estaba Pedro, que había sacado su espada y cortado la oreja del siervo del sumo sacerdote. Habríamos esperado naturalmente que Pedro hubiese sido arrestado, o derribado a golpes, pero la orden de Cristo fue tan poderosa que

ni siquiera pusieron un dedo sobre aquel discípulo de impulsivo temperamento. Pedro y Juan fueron posteriormente al pretorio —se metieron, por decirlo así, entre los dientes de los enemigos de nuestro Señor — pero con la excepción de unas cuantas burlas, se les permitió que prosiguieran su camino. Juan hizo todavía algo más, pues se puso al alcance de las lanzas de los soldados romanos cuando llegó al pie de la cruz de Cristo y lloró; sin embargo, nadie puso un dedo sobre él, ni sobre ninguno de los otros discípulos de Cristo, no por falta de voluntad, pues ustedes recordarán que prendieron a un joven, suponiendo que era un discípulo de Cristo, quien luego huyó desnudo ya que dejó la sábana con la que se cubría en las manos de ellos. Esto demuestra, entonces, el poder de la orden de Cristo, ya que en aquella hora de tinieblas ninguno de Sus discípulos fue maltratado. A todos ellos los dejaron ir. Entonces, si Cristo libró a Sus discípulos con Su palabra únicamente, ¿con cuánta mayor razón habría podido librarse Él mismo? Y puesto que no lo hizo, no pueden dejar de ver Su completa anuencia a la muerte. Una palabra Suya los derribó al suelo; otra palabra Suya los habría arrojado en brazos de la muerte; pero nuestro Salvador no quiso pronunciar la palabra que habría podido salvarlo, pues Él vino para salvar a otros, no para salvarse a Sí mismo.

Hay algo muy valiente en las palabras del Salvador: “Si me buscáis a mí”. Ustedes saben que cuando Adán pecó, Dios tuvo que buscar al inculpado; pero, en este caso, cuando Cristo ocupó el lugar de la Fianza en favor de Su pueblo, en vez de ser buscado, Él pareció buscar a Sus verdugos. “Si me buscáis a mí”, dijo Él; insertó un “si” como si no fuese tanto que ellos lo buscaran a Él sino que más bien era Él quien los buscaba a ellos, pues se puso en medio de ellos para morir. Nuestro bendito Señor estaba muy bien enterado de las circunstancias de Su propia muerte. En aquella memorable noche estuvo sentado a la mesa durante la institución de la santa cena. ¿Por qué no pudo esperarse allí para ser apresado? Pero no; intrépido, “el León de la tribu de Judá” sale y se enfrenta valerosamente a Su enemigo. No espera que lo ataquen, sino que sale a encontrarse con la muerte, a entregarse por nosotros. Probablemente ningún mártir ha realizado un acto semejante. Dios les ayuda a morir cuando son entregados en manos de sus enemigos; pero nuestro Salvador va hacia Sus enemigos y les dice: “Heme aquí; si me buscan a mí, he venido a entregarme; les voy a evitar la molestia de que tengan que buscarme; no hay necesidad de que

busquen afanosamente a lo largo de toda la longitud y anchura de Jerusalén para encontrarme; aquí estoy. Si me buscan a mí, estoy dispuesto a morir; préndanme, pues no voy a oponer ninguna resistencia. ‘Si me buscáis a mí’, todo lo que tengo que decir es: ‘Dejad ir a éstos’; en cuanto a mí, ¡estoy lo suficientemente anuente a morir!’”

Reconoce, entonces, cristiano, la anuencia de tu Maestro para sufrir por ti. Él no fue un Salvador reacio. Tú le pediste dinero prestado a un amigo y cuando te lo entregó, fue para ti una aflicción aceptarlo, pues tu amigo te miraba como a un mendigo, o hasta como a un ladrón que le hubiese exigido algún botín. Pero los favores que Cristo te otorga conllevan una dulce consideración: que todos ellos son otorgados de buen grado. La sangre que bebes y la carne que comes espiritualmente no son la dádiva de una benevolencia forzada sino un don voluntario y munificente del corazón de Jesús para ti y para tus hermanos. Regocíjate, entonces, en la disposición de Cristo para sufrir por ti.

En segundo lugar, sobre la propia superficie de nuestro texto leemos el cuidado de Cristo para con Su pueblo. “Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos”. ¡Oh, la agonía del corazón del Salvador en aquel momento! Un amigo que experimenta tribulaciones es a menudo olvidadizo: no esperes que un hombre sumido en un gran dolor te recuerde, pues el corazón está entonces tan lleno de su propia amargura que no tiene tiempo para pensar en los demás. Yo perdonaría a cualquier persona que no me identificara en la calle por estar enferma; perdonaría fácilmente a alguien por olvidar cualquier cosa cuando está cargado de dolor y aflicción; y seguramente, amados, no nos hubiera sorprendido que Jesús se olvidara de Sus discípulos en Su hora de aflicción. Pero adviertan cuán benigno es Su corazón: “‘Si me buscáis a mí’ —no digo nada acerca de cómo deberían tratarme a mí— entonces ‘dejad ir a éstos’”; esos discípulos eran los únicos por quienes se preocupaba. Él no se preocupaba por Sí mismo: “dejad ir a éstos”. En una tormenta de nieve, una madre se despoja de su propia ropa para envolver bien a su bebé que tiritaba de frío; ¿qué le importa a ella que el meteoro descubra lo más íntimo de su alma, y que su cuerpo se congele como el hielo, si su bebé sobrevive? Se queda yerta y casi muere de frío, pero unas manos piadosas la frotan y hacen que recupere el calor y entonces su primer

pensamiento después de recobrar la conciencia es en relación a su bebé. Lo mismo sucedió con Jesús: “Dejad ir a éstos”.

Cuando la justicia, provocada por nuestros pecados,
Desenvainó su terrible espada,
Él entregó Su alma al golpe
Sin una palabra de murmuración.

Esta fue compasión como de un Dios,
Pues cuando el Salvador supo
Que el precio del perdón era Su sangre,
Su piedad nunca se arredró.

Ahora aunque reina exaltado en lo alto,
Su amor sigue siendo muy grande;
Recuerda muy bien el Calvario,
Y no deja que Sus santos lo olviden.

Todos ellos son recordados, todos son guardados en Su corazón, y todos siguen estando bajo Su cuidado. Por tanto, oveja del rebaño, tú recibes todo el cuidado. Pobre caballero ‘A-Punto-de-Caer’, tú recibes todo el cuidado. Señorita ‘Decepción’, tú eres recordada. Tímido señor ‘Pusilánime’, tú eres contemplado con los ojos del amor; aunque tropieces en cada piedra, el amor de tu Salvador no falla. Él te recuerda, pues Él cuidó de Sus discípulos en Su hora de mayor aflicción.

A continuación, adviertan en este acontecimiento la sabiduría de nuestro Salvador. Cuando Él dijo: “Dejad ir a éstos”, Sus palabras destilaban sabiduría. ¿Cómo? Porque ellos no estaban preparados para sufrir, y además, no habría sido sabio que se les permitiera que sufrieran entonces aun si hubiesen estado preparados, pues si hubiesen sufrido en aquel momento, se habría pensado que por lo menos compartían el honor en nuestra redención; por tanto Cristo no sería acompañado sino por ladrones en el monte de la condenación, para que nadie supusiera que Él tuvo un ayudador. ‘Pisó Él solo el lagar, y de los pueblos nadie había con Él’. Además, esos discípulos eran solamente infantes en la gracia. No habían recibido la plenitud del Espíritu. No estaban preparados para sufrir. Por

tanto Cristo dijo: “Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos”. Estos reclutas novatos no deben entrar todavía en lo más reñido del combate; que esperen hasta que, gracias a una mayor experiencia y por medio de mayor gracia, se vuelvan valientes para morir, y cada uno de ellos lleve la corona del martirio según el turno que le corresponda; pero no ahora. Cristo le evitó eso a Su gente en aquel momento, puesto que no habría sido sabio permitir que murieran entonces.

Cristianos, del ejemplo de su Maestro aprendan también el deber de ponerse ustedes mismos en la senda del sufrimiento si con ello pueden salvar a sus hermanos. ¡Oh!, hay algo glorioso en el espíritu de Cristo manifestado al ponerse de primero. “Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos”. Ese es el espíritu que todos los cristianos deberían adoptar: el espíritu del heroico sacrificio de uno mismo por causa de los discípulos. El mero profesante dice: “Dejen que siga mi camino, busquen a otro para entregarlo a la muerte”; pero si fuéramos lo que deberíamos ser, cada uno de nosotros debería decir: “Si me buscan a mí, dejen ir a éstos”. ¡Cuántos de nosotros estaríamos listos a escapar del martirio y permitir que nuestros hermanos sean quemados! Pero ese no es el espíritu de nuestro Maestro. ¡Cuán frecuentemente estás dispuesto a permitir que el oprobio y la vergüenza caigan sobre la iglesia, si tan solo pudieras ser escudado tú mismo! ¡Con demasiada frecuencia permitirías que un hermano realice algún deber, con muchos inconvenientes, que tú podrías cumplir sin mayor problema! Ahora, si tú fueras como tu Maestro, dirías: “Dejen ir a éstos”; si hay suficiente razón para ello, déjenme sufrir; si hubiese un doloroso deber que cumplir, dejen que yo lo haga; que los demás escapen, que queden libres; he aquí, yo me voy a entregar como un dispuesto sustituto de ellos en este asunto”. ¡Oh!, necesitamos más de este espíritu en todas partes, para ser capaces de decirle al santo que es pobre: “La pobreza te está acosando; yo voy soportar la inconveniencia en cierto grado, para que tú seas escudado. Tú estás enfermo, yo voy a cuidarte; tú estás desnudo, yo te vestiré; tú estás hambriento, yo voy a alimentarte; yo voy a ocupar tu lugar en la medida en que pueda hacerlo para que tú te puedas ir”.

Me parece a mí que éstas son las lecciones que deben aprenderse de las palabras de nuestro Salvador: “Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos”.

II. Ahora procedo a notar, en segundo lugar, LA GRANDIOSA DOCTRINA QUE ESTE INCIDENTE PARECIERA PREFIGURAR.

Les pido, por favor, que observen el versículo que sigue a continuación del texto: “Para que se cumpliese aquello que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno”. Si yo hubiese citado este pasaje en tal contexto, ustedes me habrían dicho que no era una cita apropiada; ustedes me habrían dicho: “¡Vamos, mi querido amigo, eso no tiene nada que ver con que los discípulos siguieran su camino o no!” ¡Ah!, pero ustedes estarían muy equivocados si hablaran de esa manera; el Espíritu de Dios sabe cómo citar, aunque nosotros no sepamos hacerlo. Muy a menudo referimos a nuestros oyentes a un texto que pensamos que está exactamente adaptado y que es pertinente para el punto que estamos considerando, cuando realmente no tiene nada que ver con el asunto; y, a menudo, el Espíritu Santo cita un texto que nosotros consideramos inapropiado, pero, visto más detenidamente, encontramos que su esencia misma tiene que ver directamente con el tema. Ese fue el comienzo de las liberaciones de Cristo, que garantizaría a todos Sus hijos a lo largo de la eternidad. En la medida que dijo entonces: “Dejad ir a éstos”, era la anticipación, la ilustración del gran acto de la sustitución mediante la cual Cristo sería capaz de decir: “Pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos”. Este punto se hará evidente si miramos cómo Cristo trata a Su pueblo en la Providencia y en el tribunal de Justicia.

Siempre me ha parecido como si Cristo hubiese sufrido el embate más fuerte de la Providencia por Su pueblo, de tal manera que ahora todas las cosas les ayudan a bien. Cuando Cristo vino al mundo, dijo en espíritu algo como esto: “Ustedes, fieras del campo, están en contra de mi pueblo; vamos, ahora, pónganse en contra mía, y entonces, déjenlo ir”. Esto fue según la antigua profecía: “En aquel tiempo haré para ti pacto con las bestias del campo, con las aves del cielo y con las serpientes de la tierra”. Cristo parecía decir: “Piedras, ustedes son enemigas de mi rebaño; ahora tómense como el Sustituto de las ovejas, y tengan enemistad contra mí; y entonces estará escrito: ‘Pues aun con las piedras del campo tendrás tu pacto’”. Cristo, por decirlo así, le dijo a Providencia: “Tu negra y amarga faz habrá de mirarme; tu aljaba, llena de dardos de fuego, será vaciada, y

todos ellos encontrarán su blanco aquí en mi pecho; tu aspecto terrible será visto por mí”; pero “Dejad ir a éstos”.

Providencia ha infligido sus males en Cristo, y ahora sólo tiene cosas buenas para el pueblo de Dios. “¡Cómo!, amigo, ¿solo cosas buenas?”, dices tú, “¡vamos, yo soy pobre, estoy enfermo!” Sí, pero es solo bien, pues lo que obra para bien es bueno. “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”. Dios les dice incluso a los reyes: “No toquéis a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas”. “Dejad ir a éstos”. Los reyes de la tierra han estado buscando a la Iglesia de Cristo para destruirla y devorarla; entonces Cristo deja que lo encuentren a Él y que lo entreguen a la muerte; y antes de morir, se dirige a los reyes y les dice: “No toquéis a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas”. Él habla a la tribulación, a la prueba, al dolor, al accidente y al peligro, y les dice: “Ustedes me han buscado; dejad ir a éstos”. Nosotros no habríamos conocido nunca la dulzura del salmo:

El que habita al abrigo del Altísimo,
Morará bajo la sombra del Omnipotente,

si Cristo no hubiese muerto. La única manera en que ustedes y yo podemos tener un refugio es gracias a que Cristo soporta lo más duro de nuestra prueba. ¿Cómo es que me salva un escudo? Me salva recibiendo él mismo los golpes. Por decirlo así, el escudo les dice a las espadas del enemigo: “Si me buscan a mí, dejen ir a este guerrero”. Entonces Cristo, nuestro Escudo y el Ungido de Dios, soporta el embate más fuerte de la Providencia y su mal y su dolor; y Él les dice ahora a las misteriosas dispensaciones de Dios concernientes a todos los hijos del Señor: “‘Dejad ir a éstos’. Nunca, nunca les hagan nada malo, sino hagan que reciban sólo el bien”.

El otro pensamiento es: Cristo ha dicho esto de Su pueblo incluso a Justicia. Ante el trono de Dios, Justicia fiera desenvainó una vez su espada, y salió tras los pecadores, para encontrar a muchísimos de ellos y arrojarlos al abismo. Su espada tenía sed de la sangre de todos los que habían pecado; pero allí estaba una multitud escogida, reservada por el amor y escogida por la gracia; y Justicia dijo: “ellos son pecadores; van a ser míos, voy a hundir esta espada en sus corazones pues son pecadores y han de perecer”. Entonces Cristo se adelantó, y le preguntó: “¿A quién buscas?” “A los

pecadores”, respondió Justicia. Entonces Jesús le dijo: “Ellos no son pecadores; fueron pecadores una vez, pero ahora son justos pues están cubiertos con mi justicia; si buscas al pecador, heme aquí”. “¿Cómo!, dijo Justicia: ‘¿Tú eres el pecador?’” “No, no soy el pecador, pero soy el Sustituto del pecador; toda la culpa del pecador me fue imputada a Mí; toda su injusticia es Mía, y toda Mi justicia es suya; Yo, el Salvador, soy el Sustituto del pecador; tómame”. Y Justicia aceptó la sustitución; tomó al Salvador, lo crucificó y lo clavó a esa cruz cuyas agonías conmemoramos a la mesa de la comunión. En aquella hora Jesús clamó: “Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos”. ¿Quiénes son los que pueden irse? ¡Vamos, los mismos cuyo anterior camino era de iniquidad y cuyo fin habría sido la destrucción, si la maldición no hubiese recaído sobre la cabeza de Jesús!

“Dejad ir a éstos”. ¡Oh, esas portentosas palabras! Nunca conocí su dulzura hasta que encontré al Señor, aunque sí conocía algo de su poder. Me preguntan, “¿Cómo fue eso?” Pues bien, mucho antes de que conozcan al Señor, ustedes tienen algo del poder de la sangre de Cristo descansando en ustedes. “¿Cómo es eso?” me preguntan. ¿No saben que es un hecho que:

Resuelto a salvar, Él vigilaba nuestra senda,
Cuando como ciegos esclavos de Satán jugábamos con
la muerte?

Y así, algunos de los beneficios de la muerte de Cristo eran nuestros antes de que le conociéramos, y antes de que le amáramos. La razón por la que no fui condenado antes de conocer al Salvador fue porque Él había dicho: “Dejad ir a éste; Yo morí por él”. Santo, tú habrías estado en el infierno estos veinte años pues entonces tú no habías sido regenerado; pero Cristo dijo: “Dejen ir a éste; si me buscan a Mí, dejen ir a éste aunque sea pecador”; y ahora, cuando surjan lúgubres temores y oscuros pensamientos atraviesen nuestra mente, éste ha de ser nuestro consuelo. Somos todavía pecadores, culpables y viles, pero la misma voz dice: “Dejen ir a éstos”. Es el “dejen” dicho con voz de mando; ¿y quién puede impedirlo cuando Dios deja ir en ese sentido?: “Dejen ir a éstos”. Tú estás subiendo la ‘Colina de la Dificultad’ de Bunyan, y hay leones en la cima. Cristianos, recuerden este mensaje: “Dejen ir a éstos”. Tal vez entren al calabozo de ‘Gigante Desesperación’; he aquí una llave que se adaptará a la cerradura: “Dejen ir a

éstos”. Tú te estarás tropezando en la ‘Ciénaga del Desaliento’; he aquí una piedra sobre la que puedes apoyar tu pie para ayudarte a salir: “Dejen ir a éstos”. ¿Por qué? ¿Porque oran? No. ¿Porque sirven a Dios? No; la orden fue dada antes de que hicieran una cosa o la otra. “Dejad ir a éstos”, porque Cristo murió por ellos.

Viene el día, y pronto llegará, cuando ustedes y yo extenderemos nuestras alas y alzaremos el vuelo hacia la tierra que está muy lejana. Pienso que puedo visualizar en mi imaginación al alma una vez que ha dejado el cuerpo. El creyente acelera su paso ascendente hacia su ciudad natal, Jerusalén, “La cual es madre de todos nosotros”. Pero alguien está en la puerta, y le pregunta: “¿Tienes algún derecho para ser admitido aquí? Escrito está: ‘El que camina en justicia y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencia, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala; éste habitará en las alturas’. ¿Eres tú uno de esos?” “¡Ah!”, —dice el alma— “yo espero haber sido hecho así por la gracia; pero no puedo alegar haber sido siempre así, pues ‘soy el primero de los pecadores’”. “Entonces, ¿cómo llegaste aquí? Esta puerta no le da admisión a los que son pecadores”. Mientras el ángel habla así, oigo una voz que exclama: “Dejad ir a éstos”; y, de inmediato, las puertas del cielo se abren, y toda alma por la que Cristo murió entra al Paraíso.

Vamos, santo, ponle fin a esta meditación mirando hacia allá. Mira a justicia, a venganza y a ira, mira a todas ellas acosando a Cristo. He aquí, lo han encontrado; lo han inmolado; está sepultado; ha resucitado. ¡Oh!, contéplalas buscándolo a Él; y cuando te sientes a esta mesa, piensa: “Cuando lo buscaron a Él, a mí me dejaron ir”. ¡Y cuán dulce es la senda! Me es permitido acercarme a Su mesa de la comunión. ¿Por qué? Porque lo buscaron a Él. Soy invitado a tener comunión con Jesús. ¿Por qué? Porque lo buscaron a Él. Se me permite tener una buena esperanza a través de la gracia y algo más que eso, “Porque sé que si mi morada terrestre, este tabernáculo se deshiciere, tengo de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos”. ¿Por qué puedo ir por ese camino? ¿Por qué? Porque lo buscaron a Él, y lo encontraron a Él. De otra manera, ¿dónde estaría ahora? Mi lugar podría haber estado en el asiento de la cantina, o, tal vez, en la silla del escarnecedor; ¿y cuál habría sido mi futuro? Pues bien,

que al final yo estaría en el infierno entre los diablos y los espíritus perdidos del abismo; pero ahora transito por las veredas de justicia y los caminos de la gracia. ¡Oh, permítanme recordar por qué lo hago: es porque Te buscaron a Ti, oh precioso Señor mío! Ellos te buscaron a Ti, amado Redentor mío y Dios mío; buscaron Tu corazón, y lo quebrantaron; buscaron Tu cabeza, y la coronaron con espinas; buscaron Tus manos, y las clavaron al madero; buscaron Tus pies, y los atravesaron; buscaron Tu cuerpo, y lo mataron y lo sepultaron. Y, ahora, aunque el león rugiente me busque más que nunca, no puede devorarme; nunca puedo ser destrozado, nunca puedo ser destruido, pues llevo conmigo este bendito pasaporte del Rey del cielo: “Dejad ir a éstos”. ¡Oh hijo de Dios, lleva ésto contigo para que te sirva de salvoconducto por doquier! Cuando los hombres viajan al extranjero, llevan consigo un permiso para ir a esta ciudad y a aquella otra. Toma esta breve frase, hermano o hermana en Jesús, y cuando la incredulidad te detenga, sácala, y di: “Él ha dicho: ‘Dejad ir a estos’”. Y cuando Satanás te detenga, muéstrale este divino mandato: “Dejad ir a éstos”. Y cuando la muerte te detenga, saca este dulce permiso de tu Señor: “Dejad ir a éstos”. Y cuando el trono del juicio sea preparado, y tú te presentes ahí, argumenta esta frase, arguméntala incluso ante tu Hacedor: “Mi Señor dijo: ‘Dejad ir a éstos’”. ¡Oh, qué palabras tan reanimantes! Pudiera llorar al momento de pronunciarlas. Pero no diré más. Espero que muchos de ustedes gocen de su dulzura mientras nosotros nos reunimos en torno a la mesa del Señor, en obediencia a Su benévolo mandato: “Haced esto en memoria de mí”.

A handwritten signature in blue ink, appearing to read "Ch. Ferguson", is centered at the bottom of the page. The signature is fluid and cursive, with a long, sweeping tail on the final letter.